

NOTICIAS

La Escuela de Teología de San Esteban de Salamanca organizó, como cada año, una sesión académica con motivo del 81 aniversario de la muerte del P. Arintero. Aunque el aniversario de su muerte propiamente es el 20 de febrero, por razones prácticas se ha anticipado al día 19 su celebración. El acto académico de este día corrió a cargo del Prof. Etelvino González López, quien pronunció una conferencia con el título: «El P. Juan González-Arintero visto por el P. Gafo, el místico visto por el apóstol social». D. Etelvino es un entusiasta conocedor del pensamiento social y de la personalidad del beato P. Gafo, sobre quien ha publicado varias biografías, la más reciente titulada: *José D. Gafo Muñiz, O.P. (1881-1936). Por la concordia de España* (Editorial San Esteban). En la conferencia nos habló con pasión de los principios sociales cristianos que Arintero fue capaz de inculcar con éxito a sus discípulos, y en especial al P. Gafo. Al acto acudieron unas 70 personas.

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca
E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

- A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €, más gastos de envío).
A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €, más gastos de envío).
M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (3 €, más gastos de envío)

Están disponibles estampas y devocionarios del Amor Misericordioso y de María Mediadora.

P. Juan G. Arintero, O.P.

–*Apóstol del Amor Misericordioso*–

Boletín Informativo

Año IV –nº 11– Mayo-Agosto 2009

Causa de Canonización

Promotor: *Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.*

«*Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen*» (P. Arintero).

EDITORIAL

El P. Arintero, un hombre justo

Su primer biógrafo –Adriano Suárez– nos dice que Arintero siempre buscó la plena justicia, en toda su pureza, tanto para sí como para los demás, y en la medida de sus fuerzas. Podemos entender la justicia como esa *actitud constante de dar a cada uno lo que le pertenece* o como *hacer siempre lo debido*. Esta justicia se practica ante Dios y ante los hombres. Cuando somos justos con Dios todas las demás justicias quedan a salvo. El justo se desvive por establecer esta justicia esencial en su propia persona, ofreciéndole a Dios todo su ser. Arintero tenía como principio no negarle nada a Dios, y darle sin reserva todo cuanto entendía que Dios le pedía.

La justicia se expresa en la fidelidad a la palabra dada, a las promesas hechas, a los compromisos adquiridos. Arintero se esforzó siempre por poner en práctica esta justicia en todos los ámbitos de la vida. Además de cumplir sus promesas religiosas, fue muy fiel a las tareas que sus superiores le encomendaron. Nunca se limitó a lo estrictamente obligatorio. Ya desde sus comienzos de profesor en el colegio de Vergara puso un interés excepcional en atender a sus alumnos, en enriquecer el museo del colegio y en promover todo lo relacionado con la buena marcha de los estudios.

Siempre se esforzaba por tratar a todos con justicia y con mucha caridad. No tenía acepción de personas, sino que trataba a todo por igual, y si alguna distinción hacía era en beneficio de los más desfavorecidos. Si era preciso se imponía grandes sacrificios por atender a la más humilde de las religiosas. Cuando en su comunidad se trataba algún asunto, sostenía con firmeza lo que consideraba justo, aún cuando

su opinión no agradara a sus superiores. A veces tuvo que imponerse a personas consideradas socialmente de alta categoría para defender los derechos de la religión.

Estaba siempre dispuesto a respetar los derechos ajenos, aunque tuviera que renunciar a los propios. Respetaba la fama del prójimo, incluso cuando se trataba de personas que lo contradecían. La fama de los demás era para él algo sagrado. Alguien que conocía bien su intimidad decía: «Jamás le oí murmurar». A veces se retraía de ir a visitar a los enfermos por miedo a que –como solía ocurrir– en torno al enfermo se suscitara conversaciones que condujeran a la murmuración. En los momentos de recreo que tenía su comunidad no toleraba que se comenzara a criticar o murmurar, se marchaba inmediatamente. A veces en esos recreos se iniciaba en broma la crítica o la murmuración, porque los frailes conocían bien su reacción.

Arintero era totalmente opuesto a que por una recomendación suya se quebrantase la justicia, aunque fuera para favorecer a uno de sus familiares más cercanos. Cuenta una de sus sobrinas que cuando su hermano Maximino se presentó a las oposiciones de magisterio en Oviedo, la madre de estos sobrinos le escribió a Arintero pidiéndole una recomendación, y él le respondió enfadado porque pensaba que el tribunal tenía que ser justo por fuerza y no hacían falta recomendaciones, ni se podía forzarlo o presionarlo para que faltara a esa justicia. En otra ocasión accedió a hacer la recomendación, pero la hizo en tales términos que el mismo que la había pedido no se atrevió a servirse de ella. Se trataba de su sobrino Esteban, que estando estudiando en Salamanca, acudió a él para que le recomendara en los exámenes. Arintero le dio una tarjeta para Unamuno, y cuando el sobrino llegó a casa y la leyó vio que decía: «Que el tribunal haga justicia con él». El sobrino se asustó tanto al leer esas palabras que no se presentó a los exámenes; pero se preparó bien para la convocatoria siguiente y obtuvo una buena calificación, de la que estaba tan orgulloso como satisfecho de la lección que le dio su tío.

Su justicia se mostraba también en otros comportamientos de la vida social o común, como, por ejemplo, la buena educación en el trato, la amabilidad, la gratitud y la sencillez. Era afable y afectuoso como un niño. Uno de los propósitos que formuló en los ejercicios espirituales que hizo el año 1892 fue el siguiente: «hablar

a todos con cariño, respeto y dignidad, y sobre todo cosas espirituales». En la convivencia con los otros frailes procuraba evitar los roces y los choques. Todos bromeaban bonachonamente con él. Tratar con él hacía agradable la vida de comunidad. Era un hombre de paz, y si alguna vez se enzarzó en controversias doctrinales con religiosos de otras Órdenes, lo hizo por amor a las gentes sencillas con el fin de ahorrarles el peligro de la confusión.

Arintero se mostraba muy agradecido con quienes le prestaban algún servicio, por pequeño que fuera, y muy especialmente con su Orden y con sus frailes. Decía que la Orden le daba el pan que indignamente comía. Estaba agradecido por todos los beneficios que había recibido de ella. También agradecía a sus superiores sus advertencias y correcciones. Lo mismo hacía con las personas a las que él dirigía espiritualmente. Pero nunca caía en la adulación, ni toleraban que nadie le adulara a él. Entendía la adulación como una forma de mentira. Tampoco le gustaba que le elogiara.

La necesidad de conducirse él mismo con justicia y la obligación de guiar con acierto a las personas que acudían a él en busca de un poco de luz para sus vidas, le obligó a estudiar a fondo los caminos de Dios, los misterios y procesos de una vida santa.

Este testimonio de justicia sigue conservando su fuerza para interpelar nuestras vidas.

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.